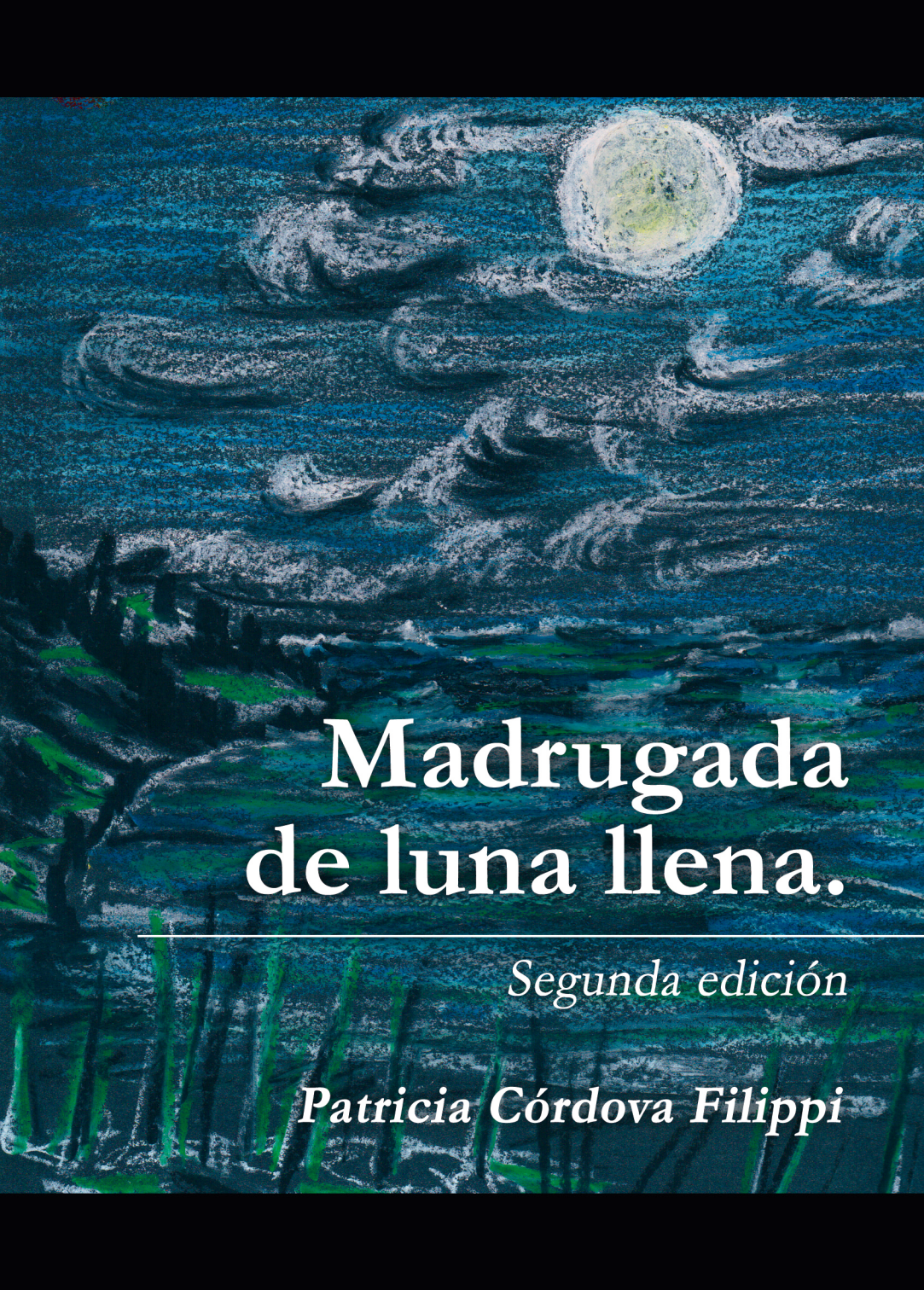




# Madrugada de luna llena.

---

*Segunda edición*

*Patricia Córdova Filippi*

**Es Propiedad/****Patricia Córdova Filippi**

Inscripción Registro De Propiedad Intelectual

Primera edición N.2020-A-4195

Segunda edición N. 2026-P-6712

Mayo 2026

**Créditos/**

Ilustración portada y contratapa/

Pedro Espinoza Durán

**Colaboración/**

Pedro Arturo Espinoza Córdova

Paula Andrea Espinoza Córdova

Patricia Alejandra Espinoza Córdova

Teresa Córdova Filippi

Valentín Cano Gutiérrez

Cauquenino.com

Ilustre Municipalidad de Pelluhue

**Imágenes / Cortesía**

Javier Godoy Ibáñez

Familia Espinoza Córdova

**Diagramación y diseño/**

Beplan Estudio

Patricia Virginia Córdova Filippi

# **Madrugada de luna llena.**

---

Segunda edición.



Patricia Virginia Córdova Filippi

# Madrugada de luna llena.

---

*Segunda edición.*

*-A dieciséis años de la desdicha-*



Vista aérea de Mariscadero, Pelluhue





## PRÓLOGO

Este libro nace de una inquietud personal por plasmar algunos testimonios de amigos, familiares y conocidos que vivieron en carne propia uno de los desastres naturales más importantes de los últimos años: el terremoto y tsunami ocurrido en Chile la noche del 27 de febrero del 2010.

La fragilidad de la memoria es una enemiga peligrosa de la historia, solemos olvidar con facilidad detalles esenciales de nuestras experiencias, incluso aquellas que provocaron un giro radical en nuestras vidas. Escribir este libro, y re-escribirlo seis años más tarde, representa un esfuerzo por perpetuar esas historias, dignificarlas y resignificarlas, con la esperanza de que las voces, los recuerdos y sentimientos puedan llegar a todos quienes deseen conocer o, simplemente, recordar lo vivido esa noche, a través de sinceros y emotivos relatos de los habitantes de este rincón de nuestro país.

“Madrugada de luna llena” es un esfuerzo literario que ya se ha convertido en un legado para la memoria de los habitantes de Mariscadero. Esta localidad, que capturó mi corazón desde el momento en que mi esposo me invitó a conocerla hace más de cuarenta años, representa una parte trascendental de la historia de mi vida y la de mi familia. Momentos inolvidables, invaluable amistad, vivencias memorables de la infancia de nuestros hijos, sobrinos y ahora mis nietos y sus amigos, las que se confabulan para hacer de este lugar, un refugio de amor

al cual quiero honrar con este libro.

En esta segunda edición, se ha querido dar un giro a los relatos ya contados, generando una gran historia compartida y simultánea, descrita desde lo cronológico, en la que se vinculan y mezclan los recuerdos de nuestros amigos y familiares que estuvieron presentes durante esa madrugada de luna llena que no olvidaremos y que marcó nuestras vidas para siempre.

## AGRADECIMIENTOS

En esta ocasión, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a cada uno de los participantes que generosamente compartieron sus vivencias en este libro, que con profunda valentía, revivieron y confiaron en mí sus recuerdos de aquella noche imborrable del 27 de febrero de 2010.

A mis queridos hijos, Pedro Arturo, Patricia Alejandra y Paula Andrea, quienes me acompañaron en este camino con amor, paciencia y sabios consejos. Ellos supieron guiarme en medio de las modernidades tecnológicas que muchas veces me sobrepasaron, aportando con entusiasmo y claridad a este desafío que decidí emprender. A mi esposo, Pedro Enrique, por su infinita paciencia, su apoyo constante y su compañía silenciosa pero firme, que fue un pilar fundamental en cada etapa de este proceso.

Y deseo, de manera muy especial, agradecer a quienes confiaron en este proyecto desde sus inicios y lo apoyaron generosamente. Me refiero a dos grandes amigos: **Cauquenino.com** y **Valentín Cano Gutiérrez**, por lo que no dudaron en respaldar esta iniciativa desde el primer momento en que surgió la idea de dar vida a esta segunda edición de *Madrugada de luna llena*.

A todos ustedes, gracias por ser parte de este sueño hecho realidad.



CAPÍTULO 1/  
*La Noche Antes*

Era una noche de luna llena.

Mariscadero dormía bajo un cielo despejado de febrero, con esa quietud que sólo tienen los balnearios cuando el verano empieza a despedirse. La luna, enorme y plateada, se reflejaba en el mar como un camino de luz que llegaba hasta el horizonte. El agua estaba tan calma que parecía una taza de leche. Pareciera que ni una ola rompiera en la orilla. Ni un ruido perturbaba el silencio.

Pero los días anteriores habían sido distintos.

Pancho *Mijo*, Héctor Francisco Rodríguez Guajardo, pescador de orilla, buzo mariscador, ese hombre al que todos conocían como ‘el teniente’ o ‘pura felicidad’, llevaba días inquieto. Algo andaba mal en el mar y él lo sabía. Cuando fue a bucear a la *pie-dra Chacaica*, como era su costumbre, sintió el agua más caliente de lo normal. Tanto, que su traje de buzo lo sofocaba y tuvo que abandonar la faena antes de tiempo. Pero lo que más lo perturbó fue lo que vio en el fondo: estrellas de mar desprendidas de las rocas, muertas; jaibas sin vida flotando entre las piedras; diversas especies marinas a la deriva; algas descomponiéndose. El mar, que Pancho conocía como a un hermano, le estaba hablando y le estaba avisando que algo venía.

Cuando me contó que la noche anterior al 27F, estaba durmiendo en la carpa que armaba en la parte alta de su sitio, porque la casa era pequeña, habían visitas y no cabían todos. Pancho tuvo un sueño que lo despertó sobresaltado: Se vio parado en

un poste cercano a su casa, cuando una araña enorme cruzó frente a él. Ese sueño lo dejó tan inquieto, que no pudo volver a dormir. Entonces se quedó ahí, mirando el cielo, tratando de descifrar qué era lo que significaba todo aquello: el agua caliente; las estrellas de mar muertas; la araña gigante. Algo que no sabía cómo interpretar, estaba por venir.



Mariscadero, inicialmente conocido como “El Choriadero” es un lugar que lleva su nombre con orgullo: tierra de abundantes mariscos; de choros zapatos y piures; de locos y almejas; de jaibas que se desmenuzaba pacientemente en las cocinas de las casas. Un pueblo que existía desde antes que la propia comuna de Pelluhue, enclavado entre los cerros y el mar, donde los ríos Pirigüín y Curanilahue bajaban a encontrarse con el Pacífico.

Entre los años treinta y cuarenta, apenas quince familias vivían ahí: los Espinoza, los Peñaloza, los Vera, los Cari, los Cariqueo, los Chamorro, los Benavente, los Minchel, entre otras familias. Casi todos emparentados entre sí, casi todos viviendo de lo que el mar y la tierra les daba. Eran grandes y hábiles nadadores, pescadores, buceadores de orilla. Gente que conocía el océano como se conoce a un vecino amigo: sabían cuando estaba de buen humor y cuando era mejor no molestarlo.

Con los años el pueblo comenzó a crecer. Llegaron los veraneantes de Chanco y Cauquenes primero, atraídos por las cazuelas de mariscos y los corderos asados de la señora Blanca Ema Chamorro, cuya casa servía de hostería y restaurante. Después vinieron familias

de más lejos —de Talca, de Santiago— quienes construyeron casas de veraneo y echaron raíces en la arena. El pueblo tuvo colegio, retén de carabineros, correos, carnicería, almacén. Cada verano las calles se llenaban de niños corriendo hacia la playa, de asados al atardecer, de partidos de fútbol en la arena, de historias que se contaban alrededor de fogatas, mientras el sol se hundía en el mar.

Esa noche de febrero, Mariscadero guardaba todos esos recuerdos. Las casas de adobe y las casas nuevas, las redes tendidas a secar, los senderos que bajaban de los cerros hasta la playa. Todo lo que las generaciones habían construido, descansaba bajo la luz de la luna llena.



Era esa hora en que el verano exhalaba su último suspiro. Las últimas semanas de febrero, cuando los veraneantes empiezan a hacer las maletas y los lugareños recuperan sus playas. Las fogatas se habían ido apagando en la arena y los últimos muchachos, con unas copas de más, habían vuelto a sus casas. El pueblo entero parecía haberse rendido al sueño.

Pero no todos dormían.

En su casa junto al puente de la avenida La Marina, Mariíta, María Pinto Riquelme (Q.E.P.D.), llevaba horas trabajando. Desde el miércoles que estaba en esa faena, desmenuzando jaibas que los veraneantes le habían encargado. Era el fin del verano y la demanda era alta. Sus manos, curtidas por décadas de trabajo con mariscos, separa-

ban la carne del caparazón con la destreza de quién ha hecho ese trabajo toda la vida. El olor a mar impregnaba la cocina. La radio dejaba sonar a Ricardo Arjona de fondo —el mismo que a esa hora cantaba en el Festival de Viña— mientras kilo tras kilo, caparazón tras caparazón, el trabajo avanzaba.

Julito, su marido, dormía en la pieza de al lado. Estaba en silla de ruedas, pero eso no le impedía mantener su pequeño local con taca-taca y máquinas tragamonedas donde la gente del pueblo se juntaba a pasar el rato. Sus hijos — Carlos ‘el Gromet’, su pareja Lily y el pequeño Checho— dormían también, ajenos al esfuerzo silencioso de su madre. Su hijo del medio, Rodrigo, había avisado que llegaría tarde esa noche, ya que tenía un carrete con amigos.

A las tres de la madrugada, Mariíta terminó de juntar veintidós kilos de jaibas que guardó celosamente en el freezer. Cuando acabó de limpiar la cocina ya eran cerca de las tres y media. El cansancio le pesaba en los huesos, pero sentía la satisfacción del trabajo cumplido, el cual pronto sería entregado a sus clientes. Se lavó las manos, se sacó el delantal, y pensó: Solo falta meterme a la cama.



A pocas cuadras, en la esquina de avenida La Marina con Los Lirios, Pedro Enrique Espinoza Durán nombrado entre sus amigos y primos, como ‘Yique’, dormía solo en la casa que sus padres habían construido a principios de los setenta. Esa casa era un lugar que guardaba los mejores recuerdos de su juventud: los veranos con sus hermanos, los primos, los amigos, cuando llegaban a juntarse más de veinte personas

entre todos. El olor a sal marina que entraba por las ventanas, los asados en el patio, los malones y las noches de conversación interminable mirando las estrellas.

Esa noche, sin embargo, estaba solo. Su madre, Nelda Durán (Q.E.P.D.), había viajado a Talca a conocer a su nuevo bisnieto Renato, el primer hijo de Miguel, que acababa de nacer. Su esposa Patricia Córdova, quién escribe, estaba en Valparaíso con su hija menor Paula Andrea y su sobrino Javier. Pedro se había quedado en casa para dar cierre al verano y para disfrutar unos últimos días de tranquilidad antes de volver a la rutina laboral. Antes de dormirse, había pensado en su padre Luis Alberto, fallecido hace años, quien siempre les decía cuando niños: “El día que estén acá y haya un terremoto que les cueste mantenerse en pie, arranquen hacia el cerro”. Palabras que esa noche dormían con él.



En otra casa de Avenida La Marina, número 50, Felisa del Carmen Vega Yévenes (Q.E.P.D.) y René Vera Espinoza (Q.E.P.D.) dormían profundamente. Ese día —27 de febrero— cumplían cincuenta años de casados. Medio siglo de vida juntos, de criar hijos, de construir una casa, de pescar en la orilla como lo había hecho René toda su vida, a quién los pescadores conocían como ‘el tigre’. Cincuenta años de compartir experiencias en esa playa de arena gris.

No habían hecho ninguna celebración especial. A su edad, los aniversarios se celebran con la tranquilidad de estar juntos, de despertar cada mañana al lado del otro, de saber que la vida compartida es el

verdadero regalo. Sus hijos René y Mauricio estaban lejos, en Santiago, haciendo sus vidas. La tía Fely, como todos la conocían, se había acostado temprano. Le tenía miedo a los temblores, siempre le habían dado susto, pero esa noche el mar estaba tan calmo que daba paz mirarlo.

Al lado de ellos, en el número 58 de la misma calle, la señora Ana María Valdés —la señora Anita para todos— seguía despierta. Estaba esperando a sus hijos Miguel Angel y Luis, que venían de Santiago a buscar a los nietos que habían pasado el verano con ella. Benjamín de ocho y Vicente de cinco años, dormían en las piezas de arriba, exhaustos de tanto jugar en la playa. Sus hijos tenían planes de terminar una terracita que habían comenzado a construir los fines de semana anteriores, y ella los esperaba con comida preparada, porque les encantaba lo que les cocinaba.

Cerca de las dos de la madrugada llegaron. Cenaron en casa, conversando de todo, de los nietos, del verano, de los planes para el año que venía. Cuando terminaron, la señora Anita subió a descansar, exhausta del día agotador. Pero algo la mantenía inquieta. No sabía qué, pero algo intuía.



Más allá, en la calle La Marina número 38, al lado de la tía Fresia conocida como la Tía Pechita (Q.E.P.D.), Miriam de la Luz Pérez Bustos dormía con tres de sus cuatro hijos. Nayareth, la mayor de diez años, tenía su propia pieza. Alan de ocho y Luchito —con síndrome de Down— dormían con ella en la cama grande de dos plazas. El Alan en el rincón, contra la pared, como le gustaba.

Nayareth era una niña especial. En el colegio, el profesor Torres les había enseñado sobre los terremotos y tsunamis. Era parte de la operación *DEYSE*, esos simulacros que se hacían en las escuelas. El profesor les había dicho algo que Nayareth guardó en su memoria: “Si alguna vez están en un temblor que no puedan mantenerse en pie, tienen que subir a un lugar alto porque el mar se puede salir”. La niña había escuchado con atención, había hecho preguntas, había guardado esa información como quien guarda un tesoro sin saber que algún día le salvaría la vida.

Esa noche, Nayareth dormía sin saber que en pocas horas esa lección del colegio sería lo único que importaría.



En la casa de la avenida La Marina, entre las calles Los Pinos y Los Lirios, la Verito —Verónica Espinosa Loyola— velaba el sueño de su madre Leontina. La tía Tina, como todos la conocían, tenía ochenta y siete años, estaba postrada y con Alzheimer avanzado. Cada noche, Verito dormía en una cama de dos plazas junto a ella, por cualquier cosa que necesitara. El cansancio del día a día de cuidar a una persona postrada pesaba sobre sus hombros, pero lo hacía con amor, porque era su madre, porque así se hacían las cosas en Mariscadero. En esta ocasión, también se encontraba de visita su hermana mayor María Eliana, que vivía en Talca.

En otras piezas de la misma casa antigua dormían su hermano Juan Carlos con su mujer Jaqueline y sus tres niñas: Rosario de doce años y las gemelas Carla y Francisca de cinco. También estaba su hermana

Viviana con su marido Marco, su hija Paola de ocho años y la pequeña Valentina, una bebé de apenas ocho meses.

Una casa llena de gente, de niños, de sueños, de vida. Todo lo que la familia Espinosa había construido en generaciones estaba ahí, bajo ese techo, respirando al ritmo tranquilo de la noche.



A unos kilómetros de distancia, en Pelluhue, Jeffrey Semler acababa de llegar a su casa. El reloj marcaba veinte para las dos cuando cruzó la puerta. Había pasado toda la noche ocupado con los competidores de Brasil, Argentina y Perú que habían venido para el campeonato nacional de surf que se realizaría en la mañana. Como encargado de deportes de la municipalidad, les había organizado una convivencia para que se conocieran: una noche de conversación, de intercambio de historias sobre olas y competencias, de ese lenguaje universal que comparten los surfistas del mundo.

Con tanto ajetreo se le pasó la hora y no alcanzó a llegar al asado que tenía programado con sus hijos, que al día siguiente se volvían a Santiago. Ya habrá tiempo de despedirse en la mañana, pensó mientras se metía a la cama. Los surfistas extranjeros dormían en sus alojamientos, soñando quizás con las olas perfectas que los esperaban al amanecer. Nadie sabía que ese campeonato nunca se realizaría.



Más arriba, en el cerro de Mariscadero, un grupo de jóvenes carre-

teaba en la casa de Marchenko. La noche estaba tibia y clara. Habían encendido un brasero donde acababan de comerse una fuente de picorocos. Rodrigo Cari Pinto —hijo de Mariíta y Julito— estaba entre ellos, tomándose unos copetes con amigos, entre ellos: ‘los Tuto’, ‘los Bruno’ ... gente de por ahí, del pueblo. La conversación iba de un tema a otro, de las olas del día, de quién había pescado qué, de los planes para cuando terminara el verano.

Algunos habían bajado a la playa un rato antes y habían vuelto casi de inmediato, sin saber bien por qué. Una tincá, quizás. Algo que los hizo devolverse. El mar estaba raro, dijo alguien. Demasiado quieto. Pero nadie le hizo mucho caso. El carrete seguía, las risas continuaban, la juventud no se detiene por presentimientos.

Rodrigo no sabía que en pocas horas estaría arriba en la copa de agua del pueblo, viendo venir la ola más grande de su vida.



El Hippie Claudio, Claudio Alejandro Salazar Gómez, ese personaje que todos conocían en Mariscadero —el del pelo largo, la ropa de colores, los catalejos colgando del cuello y la guitarra, su fiel compañera— andaba por ahí esa noche. Estaba en su casa con algunas visitas, guitarreando, fogueando, compartiendo un vinito y celebrando el término del verano. Eran como siete personas entre primos, tíos y su madrina Sonia. La noche perfecta para un bohemio como él.

El Hippie era autodidacta, se conectaba con la *pacha mama*, hacía

mucho trekking, subía y bajaba montañas, buscaba cascadas, acampaba, meditaba. Le gustaba todo lo natural, era un poco artista, un poco filósofo. Y había algo en él que presenciaba cosas que otros no veían. Después bajaría a la orilla como tantas veces, a tocar el mar con las manos, a sentir su energía, a leer en sus movimientos lo que el océano quisiera decirle. Pero esa noche el mar no hablaba. Estaba mudo. Calmo como un plato. Y el Hippie sabía que cuando el mar se calla así, algo guarda.



Y en Concepción, a ciento setenta kilómetros hacia el sur, Patricia Espinoza Córdova —Paticha le dicen cariñosamente familia y amigos— se había quedado dormida viendo el Festival de Viña en su departamento del piso quince de la Torre Libertad. Desde esa altura se podía ver media ciudad cuando había luz del día. El edificio era uno de los más altos de Concepción. Paticha, trabajaba en una consultora en diseño y compartía departamento con Gilbert, un joven trabajador de la empresa Essbio. Ella vivía tranquila, disfrutando de su independencia.

Iba a tocar Arjona y, aunque no le gustaba especialmente, era el único panorama de esa noche de viernes. El sueño le ganó antes de que el cantante subiera al escenario. La televisión quedó encendida, llenando la pieza de una luz azulada y del murmullo lejano de los aplausos. Había hablado con su papá Pedro que estaba solo en Mariscadero en la casa familiar junto al mar. Pensó en decirle que viajara a Concepción esa tarde, sin embargo nunca lo hizo quedando sola en la ciudad penquista.



Mucho más al norte, en Santiago, Pedro Espinoza Córdova —hijo de Pedro Enrique y hermano de Paticha, había pasado la noche carreteando con su polola Carolina en su departamento de Condell 1415, en el piso diez. Habían invitado a sus amigos Ariadna con el Pelao, su esposo, y a Javier, el pololo de su hermana Paticha. Comida, vino, conversación hasta las tres de la madrugada, cuando los invitados se fueron.

Pedro y Carolina se quedaron un rato más *echando la talla*, alargando la velada, conversando y recordando las anécdotas del día. Ya iban a acostarse cuando Pedro fue a apagar la luz. Y entonces lo vio: desde el piso diez, las luces de Providencia comenzaron a apagarse en bloques, como si alguien fuera cortándola por sectores. “¡Qué raro!”, alcanzó a pensar. Cinco segundos después, ¡el suelo empezó a moverse!.



En toda la costa, el mar seguía calmo. Engañosamente calmo.

La luna, enorme y redonda, brillaba sobre el Pacífico con una hermosura indescriptible. Nunca había visto una luna tan hermosa, dirían después los sobrevivientes. Su reflejo dibujaba un camino plateado sobre el agua, desde la orilla hasta el horizonte, como invitando a caminar sobre él. El oleaje era tan manso que el mar parecía una taza de leche. La radio había dicho que habría buen tiempo. Nada anunciaba lo que vendría.

Pero bajo la tierra, dos placas tectónicas acumulaban una tensión de si-

glos. El Pacífico, ese océano que alimentaba al pueblo, que les daba sus pescados y mariscos, que atraía a los turistas en verano, guardaba un secreto en sus profundidades. Muy abajo, en la zona de fricción entre la placa de Nazca y la Sudamericana, la roca estaba a punto de ceder.

Pancho Mijo lo había sentido en el agua caliente. Lo había visto en las estrellas de mar muertas. Lo había soñado con la araña gigante. El mar le había avisado, a su manera, como avisa a los que saben escucharlo. Eran las tres y media de la madrugada del sábado 27 de febrero de 2010.

Felisa y René Vera cumplían cincuenta años de casados.

Mariíta acababa de guardar sus veintidos kilos de jaibas.

Nayareth dormía con la lección del profesor Torres grabada en la memoria.

La señora Anita terminaba de cenar con sus hijos recién llegados de Santiago.

Verito y María Eliana velaban el sueño de su madre postrada.

Jefrey soñaba con el campeonato de surf del día siguiente.

Rodrigo tomaba copete con los amigos en el cerro.

Pedro Enrique dormía solo en la casa familiar.

Y la luna, enorme y llena, iluminaba el mar más calmo que todos recordarán.

Faltaban cuatro minutos.



Quieres seguir leyendo?

Esta es solo una muestra de Madrugada de luna llena.  
Reserva tu ejemplar completo en:

<https://madrugada-de-luna-llena.pespinoza.online>

\$15.000 - Libro físico + EPUB + PDF